¿Qué nos dice a los universitarios mexicanos el Primer Congreso Iberoamericano de Filosofía?

Cacho Vázquez, Xavier

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/405>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

¿QUÉ NOS DICE A LOS UNIVERSITARIOS MEXICANOS EL PRIMER CONGRESO IBEROAMERICANO DE FILOSOFÍA?

Xavier Cacho, S. J.*

Celebrado en Cáceres y en Madrid con asistencia de casi mil profesores y estudiantes de filosofía españoles y latinoamericanos en septiembre de 1998, el Primer Congreso Iberoamericano de Filosofía nos planteó fuertes interrogantes. Las preguntas iban al corazón mismo de nuestro quehacer universitario, como flechas que se clavan en el blanco.

En medio del ambiente peculiar del pensar discursivo, de la búsqueda crítica, del planteamiento profundo, del debatir con razones sólidas... del interés por el sentido del vivir y convivir humanos, los mexicanos sufríamos recordando que en nuestro quehacer universitario la filosofía consigue con harto trabajo ser admitida como auxiliar en los currícula y, calificada de inútil, no consigue un espacio autónomo.

La gran capacidad convocadora de los organizadores (Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Universidad Complutense de Madrid, Universidad Nacional Autónoma de México) no era gratuita. Diez años de intensa comunicación, cuyo fruto se manifiesta en la *Enciclopedia filosófica iberoamericana*, con más de 50 títulos publicados, habían caldeado el ambiente. Pensadores del mundo iberoamericano se conocían, habían ya colaborado en la *Enciclopedia* y en otros foros. Lo mejor: pensadores de diversa orientación, que se escuchaban con respeto, cosa que hablaba muy alto de la seriedad de sus expresiones orales y escritas, respetables por su solidez. Esto significaba que la meta no era las ideas sino las personas, las sociedades,

* Profesor de tiempo, Centro de Pastoral Universitaria, UIA-GC

el porvenir iberoamericano. La ausencia de ideologías exclusivas y excluyentes hacía presente el auténtico debate filosófico.

Las interrogantes que por su gravedad torturan a muchos maestros universitarios latinoamericanos, acerca del contraste humano de nuestros pueblos, hallaban eco en nuestros pensadores iberoamericanos (Reyes Mate, José Saramago, Leopoldo Zea, José Gómez Caffarena, Juan Martín Velasco, Ramón Xirau...). Todos participábamos en la convicción de que las búsquedas filosóficas, ésas que inquietan el sentido de los procesos históricos, nos darán luces para encontrar caminos en el presente difícil de nuestros pueblos. Todos persuadidos de que el filosofar en cuanto tal, no de reducidas elites sino de grupos numerosos y variados, constituye ya la mejor salida a nuestras conflictividades.

Más allá del elogio de la filosofía, sólo necesario para los ignorantes, juzgo importante señalar que las ciencias del sentido, las interpretativas de la realidad, las del desarrollo humano que nos acerca a la sabiduría en el vivir, mantienen su índole diferente ante las ciencias del hacer, del generar y administrar recursos materiales. Toda praxis supone una teoría. Son los dos brazos del hombre: la ciencia y la tecnología preceden a las industrias hacedoras. Esta insuperable diferencia nos indica que la formación universitaria debe pugnar por el equilibrio entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, entre enseñar a pensar y enseñar a reproducir, entre ser y hacer, entre conocimientos y valores.

El contexto geopolítico actual de nuestra patria, su proceso histórico de mestizaje etnocultural y social de graves contrastes han propiciado la dependencia. En términos universitarios la dependencia de los países creadores de cultura (ciencia, filosofía...tecnología y valores) se expresa en abrumante preferencia por la docencia de las ciencias del hacer y administrar, por la ausencia de las ciencias del crear e interpretar; por preparar profesionales de la industria y la administración ajenos de saber y asumir su identidad cultural, sin conciencia histórica de sus horizontes de significado y valores.

Hablar en serio de independencia, no digamos de dignidad y progreso, será poner los medios educativos que desarrollen toda la persona, tanto en identidad cultural (saber quiénes somos, qué pretendemos, cómo lograrlo), como en saber hacer las cosas.

No basta educar con exclusividad la conciencia científica con base

en las ciencias positivas; ni suscitar y fortalecer autónomamente la conciencia social con los planteamientos abundantes sobre los comportamientos humanos; ni formar aparte la conciencia histórica que nos invita a investigar los orígenes, caminares y objetivos de la humanidad, de nuestros ancestros en nuestra geografía; no basta tampoco insistir solamente en la criticidad filosófica que hurga sobre el qué y quiénes somos, cuáles nuestras capacidades y condicionamientos, intencionalidades, motivaciones y finalidades. La universidad ha sido y es el lugar privilegiado para armonizar e integrar esa formación humanística que se compone de todas esas vertientes educables de nuestras capacidades concientes e intencionales. Al funcionalismo de la vigente cultura urbano-industrial no habrá que hacerle el juego de proporcionarle meros técnicos especializados que sepan hacer bien su trabajo; habrá que humanizar nuestra convivencia social con el reflejar y recrear las realidades naturales e históricas a través del arte, el análisis filosófico, el discurso histórico elocuente. Sólo el desarrollo personal y el comunitario harán posible el desarrollo social equivalente de la autonomía económica y política.

Otro reto a la humanidad que se precie de arriesgarse en la ciencia y en la conciencia, en las verdades objetivas y en los valores, está en integrar fe y razón, lograr y esperar, ser finito y Ser Infinito, Dios y hombres. La fractura entre ser y creer, promovida por la Ilustración y el racionalismo de la modernidad, espera una recuperación tal que posibilite a la humanidad del siglo XXI entrar de lleno a la plenitud mística del abandono en el Padre, de dar sentido a la inmolación amorosa del dramatismo de nuestra existencia. No es ajeno a la universidad asumir al hombre en su misteriosidad, en sus anhelos irrenunciables de seguridad, de sentido definitivo y de esperanza. A estos anhelos del corazón humano responde el Dios vivo omnipresente que se nos revela, nos habla, se nos acerca en la humanidad de su Hijo Jesucristo. La mediación teológica en las aulas universitarias ayuda a culminar las verdades objetivas de las ciencias y la verdad ontológica de cada persona con el sentido escatológico o definitivo de ser para Dios. El libro de los Proverbios nos enseña que "el corazón del hombre medita su camino, pero es el Señor quien asegura sus pasos".